

Los pecados capitales de los manchegos

Acerca del cura y otras ceremonias

"Yo soy el aguafiestas, el que estorba / ya siempre y por oficio, / el hombre que ha enterrado las caricias / bajo las hondas bóvedas del alma", o lo que es igual: un cura se confiesa, sonsáqueme, padre, que no le sale a uno ni el avemaríapurísima del resuello, mire usted. Con sólo arrodillarse uno aquí le entra un no sé qué que hasta la sangre se le detiene en las cunetas del alma. "Yo soy el comediante, el que predica / por oficio, y gana con latines / el pedazo de pan que le alimenta". Ah Dios, el cura de los pueblos y cuartillejos manchegos, sitios éstos para apoyar cada cual su escaparate en la esquina del tío Bolengo, el espejo más descomunal de la sacristía, toda la calle Independencia de abajo a arriba, de arriba a abajo, por el purico embeleso no más de escudriñarle la liturgia general al párroco, al capellán del Asilo, al fraile secularizado que se regresó hasta madre para irle solo de compra todos los lunes al mercadillo de la Cruz Verde, al consiliario del Junior, al mozo de la hermana Andrea que está de vacaciones, al estirado coadjutor con barbita socialista a lo presidente de la Diputación Provincial de ahora y a todo el presbiterio de la diócesis, Monseñor de tantísimas dalmáticas y jaculatorias.

"Yo soy, yo soy. Mirad: esta es mi carne, / estos mis huesos, esta mi palabra, / esta mi voz como un caballo ardiendo". Continúa, —¡oh kirie eleisión, kirie eleisión!— el arcipreste, el minorista, el diácono, el reverendo, el dongregorio, el donhiginio, el arcediano, el sinsotana, el dongregorio, el que se lió los manteos y las cúpulas a la cabeza y los retablos y las columnas enjalbegadas del pórtico de la ermita, el preconiliar, el otro, aquél, el progre, el de la vendimia: "¿Qué tienen de distinto mis entrañas / y las vuestras? ¿Qué sangre me alimenta / que no pase por vuestras venas?. Entonces el personal vernáculo se echa a la calle, hace corro en las placetas, pasa a las barberías, se apretuja en el mercado, entra donde la Helodia, donde Serafín, donde el alpargatero, el Casino de San Fernando, figonea por rendijas y lumbreras, se asoma a los balcones del Ayuntamiento, y a darle tarea al ojo, vaya: ¡Va por la calle de la Feria el Señor Cura, joder, miradlo, que os enseña él mismo la hoguera de su sangre, las bóvedas de su alma, su misal, su sermón y el Altar mayor de su intimidad! "¿Qué perro como yo?

En vuestras calles / sólo cuchillos veo en las miradas; / os quiero hablar y siento / que mi lengua es distinta de la vuestra / y que llamáis hipócritas mis lágrimas".

Entre los hombres y mujeres de su parentela está, pero no es nunca uno más, sino el otro, lo otro, todo lo otro: permanentemente a sus entierros, claro, a su novena, es justo y necesario, a su soledad; o no, no se te ocurra, reverendo, torcerte hacia el Bar Alhambra, qué ejemplo, hombre: pues vino Juan que no comía ni bebía y te habías tragado tú el catafalco de los funerales de primera; pero llega quien come con publicanos y prostitutas y no vas ahora a descalabrar la fe: Cómo cambian los tiempos, que no sabemos a dónde vamos a llegar sin procesiones de Semana Santa y sin reclinatorios para arrodillarse, cuando la corazonada aquella tan musical de la campanilla del monago para la elevación; que ni ésas, Gertrudis, con el jaleo descreído del posconcilio, corazón: que si el Papa de Roma se condena que lo haga, nosotros no estamos para esos trotes, ¡Santo Dios, Santo Fuerte Inmortal, y qué locuras hacen por estos campos estos curas, leñel.

Ah, y sé muy modesto tú, enrédate el mirar en los andares, de la Parroquia a tu casa, de tu casa al Santísimo, sin pasar por el Potril, hijo, y que se te sonroja la palidez amarilla de los huesos cuando una hembra cruce por el camino, ora pro nobis, ay, qué lástima del dongregorio, del dongerardo, del donhiginio, tan tímidos, lo mandado es éso; que viene el reverendo, amén, padrenuestro que estás en las nubes, o si no se platica mal de la clerecía de qué vamos a hablar con este aburrimiento. "Soy el enterrador de vuestra sangre, / el espantajo negro de la muerte, / el coco de palabras cavernosas / que suenan a novísimos e infierno", tan rebien enhebradas las letanías de tus adentros, mi compañero y colega, y con tu espíritu.

.. Mira, niño, si no eres bueno este señor de negro te va a llevar con él, o desengañate, parienta, del horcate del saboreo, que pasa ante la ventana del cuarto tu confesor, guardiacivil de luto, o el undécimo mandamiento no molestar, a dónde irá ahora el dómine, que ni ánimas tenía que repicar para que no se nos atragantase el besuqueo, Hermógenes, con lo rico que estás, envidia sola la del arcipreste y el

vicario y el chambrillas del Asilo y el measalves de las Adoratrices y la madre que los tuvo a todos, bribones, siempre dale que dale al librejo de los bordes color melón piel de sapo, no tendrán otros asuntos con que engordar la reverencia, a segar debería mandarlos a todos el gobierno.

"Rasgáos ante mí las vestiduras / una vez más. / Porque os estoy amando"; mas en las aldeas y lugares manchegos la palabra amor es una palabra terminantemente prohibida, la vetó hace siglos la inquisición de quintería, el derecho canónico del beaterío, la quitó de la circulación el sensus populi, el ripalda de vendimiar, o no vayas, no, al Instituto con esa rubia despampanante codo con codo porque te acuestas con ella, misacantano y chismorreará el claustro entero, el mismo pange lingua, que no importa acá el ser bien mirado sino el parecerlo, ponte el alzacuellos y que se note lo que eres, tío. "Este soy. / Este niño / que siento se me escapa entre las manos / para buscar inquietas lagartijas".

En la Mancha, tierra sin jardines ni mariposas, esparto para la ternura, calabrazo de ortiga para espantar al poema, es de mal parecer demostrarle afecto al reverendo: lo nota enseguida la suegra, el mayoral, el pregonero y el tío abuelo del marido. En la Mancha el señor cura no debe reir, ni presentar en la Biblioteca Popular un libro de versos, qué se creará, pobrecito, lo suyo es el cilicio y el ayuno, la sotana raída y la tristeza interminable. "Yo soy el desterrado, soy el prófugo, / el leproso, el extraño, el enemigo". En los pueblos y aldeas manchegos no ha de familiarizar jamás el cura en vuestra casa o ha de irse muriendo de Mancha muy despacio, pero, eso sí, cuando te pese la vida en las espaldas y te escueza en la boca el ataúd, vete, paisano, a verle de seguido, róbele toda su paz al reverendo y ponte a mumurar "este tío raro...". Pero él "sabe que os ama, porque llora / palabras de verdad, porque ha nacido / con un corazón de niño entre los dedos." O como dijera también aquél, recién ordenadito de ceremonias en la catedral de la provincia:

"Veintiseis primaveras nada más.
y ya voy por la vida como un muerto
solemne
que levanta un revuelo de silencio a
su paso".

Valentín ARTEAGA